

UNA VISION de Medellín: Literatura, sociedad y política en Juan José Hoyos

*Ponencia Romansk Institut, Universidad de Copenhague,
Copenhague - noviembre de 1991*

Javier Sanín S. J.

1. El autor

Juan José Hoyos nació en 1953. Se graduó de periodista en la Universidad de Antioquia, centro de educación superior que ha sido punto de confluencia y análisis de las crisis locales y regionales. Durante siete años fue corresponsal del principal periódico del país, *El Tiempo* de Santafé de Bogotá, cuya experiencia se proyecta en Juan Fernando, el protagonista de su segunda novela "El cielo que perdimos". Luego se dedica a escribir y enseñar —no ya periodismo sino Ciencias Sociales— en la universidad de la cual egresó. Su primera novela "Tuyo es mi corazón" aparece en 1984¹ y la segunda en 1990².

2. Los títulos

“Tuyo es mi corazón” es una frase de bolero que retrata bien el ambiente romántico y bolerial de los años 60 en los barrios de clase media-baja de Medellín. Todo el escrito está impregnado de boleros; constituyen el telón de fondo; sirven para expresar los sentimientos de los personajes y para relacionarlos entre sí. Como la novela es escrita basada en diálogos rápidos y punzantes, con cortinas musicales, la obra fue adaptada fácilmente como serie televisiva.

El cielo que perdimos, aunque no es una locución textual de balada, se le parece, participa de la misma dinámica: si el clima de la novela inicial era el de la solidaridad y familiaridad —el de las “barras” de adolescentes de barriada—, semejante al cielo pregonado en los boleros, lo que se perdió en las décadas de los 70 y los 80 fue esa concepción de la vida de los recién llegados de los pueblos en búsqueda de paz y fortuna. Es el regreso al mito: del cielo al infierno —la eterna Rayuela—, del paraíso a la caída, de la serenidad a la violencia, de la razón a la locura.

Las dos novelas de Juan José Hoyos son, a semejanza de los dos relatos de la Creación que sirven de pórtico al Génesis, cara y cruz de la persona humana, de la ciudad dolorosamente vivida y esperanzadoramente presentida. La primera historia creacional del Génesis es el canto de la relación original con Dios: se crean las cosas, se nominan para indicar la dominación, Adán y Eva se aman y acompañan en pureza e identidad. El final es de Happy end; es la telenovela; “el culebrón”, la novela rosa. La segunda narración está salpicada de pecado, sudor, mal, violencia, muerte. Se acaba la relación con el Creador y entre los

seres creados, la naturaleza se trueca en hostil, el amor en tortuosa aventura, la soledad en esencia del vivir, la violencia fratricida en perfil de la historia. El cielo de la primera reseña se muda entonces en referencia de lo añorado, en paradigma de la fecilidad. En el paraíso perdido de Milton, en el Buen Salvaje. Es el romántico Medellín de los 60, evocado desde la sangrienta capital de los 80.

3. “Tuyo es mi corazón”

“Tuyo es mi corazón, oh sol de mi querer”. Lo que esconde el encabezamiento es una ficción amorosa. Escarceos sexuales y ternuras de adolescentes. Adolescencias urbanas de hijos de expulsados por la violencia política de los años 40 y 50, en las zonas periféricas de Medellín. Los padres son obreros, oficinistas, empleados oficiales. Los barrios se conocen cuadra a cuadra, de día y de noche; se siente el clima caliente o frío, los aguaceros. Cada persona identifica, quiere u odia al vecino, sabe su vida, chismosea en el salón de belleza, la peluquería, el granero.

Aranjuez y Manrique son los barrios que identifica la narración. Allí confluye la ciudad. Se sale para otearla, verla, sentirla. Quienes trabajan en ella regresan a casa. Cansados, agobiados. Pero en Aranjuez y Manrique, entre sus calles, es el Edén de los jóvenes, estudiantes o vagos, que escuchan boleros, consiguen novia, conversan intensa y extensamente sobre lo divino y lo humano. Allí se crece, se forma para sobrevivir en medio de la violencia desatada de mediados de los setenta.

Ambos barrios tenían en los años 60 fisonomía definida. Aranjuez era sector de camajanes —de,

conquistadores con vestimentas vistosas—, Manrique lo era de malevos. Barrio de tango, templo de Gardel, medio delincuencial, marihuanero, de duros en la pelea, el alcohol y el trabajo. El mundo del bolero con su magistral cursilería, el uno. El universo del tango, el otro.

4. El texto literario y el contexto social



Estamos jodidos si eso es lo que nos aguarda a todos —dijo Carlos—. Estamos jodidos —repitió Diego—”.

El primer capítulo de *Tuyo es mi corazón* presenta a los personajes, siguiendo la técnica novelística más convencional. El cuadro está compuesto por padres e hijos. Un papá ha desaparecido. El hijo y los amigos lo buscan. Los padres son seres de edad indefinida, pero llenan el estereotipo del viejo decrepito. Son desempleados o jubilados. Llegaron a la ciudad expulsados del campo por la violencia política y se colocaron en las fábricas que por entonces aparecían gracias a la expansión industrial —el crecimiento hacia adentro de la época cepalina—, en la burocracia estatal baja o en pequeños negocios. Los hijos no quieren a los papás; apenas los toleran. Están viejos: han replicado el esquema de la violencia, de la agresión, en la educación de los hijos. Son alcohólicos; resentidos. Ya ancianos, estorban. “Todos se cansan de seguir estando vivos. Hasta dejan de echar cantaleta y se vuelven tipos tristes...”.

El ambiente es de cambio de valores. Se pierden los rurales, no se asimilan los urbanos. Se privilegia la relación con la madre, en la mejor línea del matriarcado antioqueño, mientras la familia se disuelve. Hay algo de hampa en el vecin-

dario, que se mezcla —especialmente a través de —La Belleza— con la honradez sin conflicto. La verdadera familia es la “barra” de amigos adolescentes. A la casa se va a dormir. El hogar es la calle, la tienda, la peluquería, el colegio, las casas de las novias.

Los ideales religiosos tampoco son inmutables. La visión religiosa católica que impregna todo el texto —el cuadro del Sagrado Corazón realista—, colorinche y reproducido incesantemente, aparece casi en cada página —con tanta abundancia como la cerveza—, es la creencia más ortodoxa y tradicional, ritualista, mágica, tétrica, centrada en la muerte y vuelta negocio. Saúl, El Sacristán, es personaje, amigo de La Belleza, de lo delincuencial, es quien siempre tiene dinero para el alcohol o el fútbol. Las iglesias están en sombras, existen para los entierros. Carlos entra a un templo: “parecería una tumba inmensa, oscura”. Hasta los ojos del Cristo eran tristes.

El consuelo a la pobreza, la hostilidad, la adolescencia y la relativa ausencia de futuro, es la cerveza y el bolero. La una, reduce la tensión de la realidad, el otro, idealiza el alma, contenta el corazón. La música contrasta la dureza de la vida con lo soñado o lo querido. La radio es el vehículo que trae boleros y baladas, acompaña, disimula la soledad. Igual destino se atribuye a la “pianola” o “piano” (tocadiscos de moneda, con un diseño especial de luces y colores, que se encontraban en las cantinas y cafés) del granero de Don Manuel —otro viejo cascarrabias— al cual se va a tomar cerveza, hablar y oír boleros, que son personajes que conversan también, se vuelven obsesivos, pintan los estados del alma. Don Manuel, además, siempre está oyendo noticieros de radio. Son el vínculo con el mundo exterior; periódicos no circulan, libros no aparecen, revistas no se conocen. Es una cultura oral, de oír radio, charlar,

extraer del alma: platónica, peripatética, dialogal.

En el fondo, todos están jodidos. La vida transcurre entre el frío, el calor y la lluvia—Medellín es una ciudad tropical de “eterna primavera”— en estrechez y sin mucho futuro ni gran pasado. Donde lo bueno de la vida —“las cosas lindas se deshacen ahí mismo...— duran lo que dura una canción...”.

La novela tiene dos partes. La primera, es vida de barrio y de adolescencia. La segunda, de la ciudad mafiosa que empieza a insinuarse, de droga, prostitución, riqueza, asesinatos. Es el ciclo de Medellín. De exilados de la violencia política, de la industrialización, de los valores tradicionales de familia, religión y trabajo, se pasa a una urbe de pobreza marginada, de grandes fortunas no industriales o comerciales, de violencia no necesariamente política partidista, de no valores religiosos o éticos. Aunque en ninguna de las dos secciones aparece la política como tal, el reflejo de la vida social, económica y comunitaria de la novela, refleja el escepticismo político, la ausencia de la política de la vida cotidiana, el abandono político, la debilidad de la conducción política, el caos creado por una política que desaparece y no es reemplazada por otra. El vacío institucional, cívico, de liderazgo que deja desaparecer lo antiguo y no provee soluciones de recambio para las nuevas situaciones.

5. La trama y los personajes

La trama de “Tuyo es mi corazón” es simple. Historias de parejas y de los muchachos entre sí. A partir del segundo capítulo empiezan a contarse las relaciones de Diego con la hermana de Myriam. Se enamoran, hacen apresuradamente el amor, de

pie; ella no vuelve a comer, entra en melancolía, se envenena con mata-ratón, muere. El traslado al hospital y el entierro ofrecen la oportunidad de describir la tragedia de la ausencia de suficiente atención en salud y los estereotipos religiosos. Es un amor callado, escondido, trágico.

Carlos se enamora de Juanita, hija de una viuda—cuyo padre era liberal—. La mamá la cela, la persigue; se odian en la obligatoriedad de habitar juntas una vieja casa, cuya descripción es la de una construcción rural implantada en la ciudad. Amores de estudiante, con paseos por las calles, cine dominical, aprendizaje de lecciones, lectura de *La María*, versos de San Juan de la Cruz, erotismos (leer la mano, discutir la reencarnación—confesar creencias apocalípticas— todo muy de moda en los sesenta), vida colegial, sentimientos de adolescente.

El amor siempre termina mal. El modelo son una pareja de loros, que los separan y luego, reunidos, se despluman a picotazos hasta morir. Hasta el amor es cruel. “A mí no me gusta enamorarme. Todo, siempre, acaba mal”.

La descripción de los escarceos adolescentes le da cierta gracia juvenil a la novela. “Creía soñar cuando alcanzaba lo que perseguía por mucho tiempo. Se quedaba perplejo apenas podía tocarlo con las manos”. “Juanita y Carlos se miraron. Los dos reían... Era demasiado dulce, demasiado delicada. Parecía una mujer que no había sido tocada siquiera por los ojos de un muchacho”. Juanita, en contraste con Myriam—quien es coqueta, entradora, desinhibida y con manía alcahueta—, es tímida, callada, linda, suave y con madre absorbente y drástica. Emboba a Carlos: “Lejos de traerle felicidad, Juanita le había traído zozobra. A toda hora quería verla. A toda hora estaba pensando en ella. No tenía paz

para estudiar ni para leer. Y todas las cosas le dolían de una manera desacostumbrada. Hasta el color del cielo”.

La mamá de Juanita les prohíbe verse. Es un cataclismo. El autor lo convierte en una tormenta física, en la cual Carlos es “abandonado hasta por los relámpagos”. Se enferma. Y se acaba el romance.

Jairo, desestabilizado por la muerte de su padre, se dedica a la fotografía. Quiere irse al Canadá. Se enamora de una mujer mayor, casada.

Van a casas de prostitución bajo la conducción de La Belleza. En un baile vuelve a aparecer Myriam, con Salomé y Julia. Luego, la familia de Carlos se cambia de barrio, él no se despide. La Belleza se va a Nueva York. Jairo al Canadá. Raúl –El Sacristán– a la cárcel.

Salomé y Julia son hijas de una mujer que engañaba a su marido. Al morir éste se dedica a la prostitución de alto nivel. Las hijas, también. Aparece el ambiente de rock y marihuana. “El administrador bajaba la persiana de la calle y se encerraba todo el mundo ahí”. Consiguen parejas en las heladerías de Envigado e Itagüí. De pronto, vuelven a encontrarse Carlos y Salomé en una heladería –Les Champs–, donde ella hace conquistas. El ha madurado, ahora lee a Baruch de Espinoza (!), Shakespeare, Voltaire, Dostoyevski (excursos de las lecturas de Hoyos).

Empiezan las bombas, los disparos, los jeep Toyota, los Mustang rojos. Terminan en una finca en Rionegro. “Han empezado a ocurrir cosas como ésa” –la balacera– dijo Carlos. Es decir, empezaba el Medellín mafioso. “Hay que dejar que la vida lo arrastre a uno –dijo después–. La vida dura poco para andar uno aplazándolo todo,

bizcocho”. También matan en Miami.

Salomé –el nombre lo dice todo– se prostituye porque odia la pobreza, porque no quiere gastarse la vida cocinando. Es la contraposición del ideal de la mujer-madre antioqueña, de las mamás de los muchachos del barrio. De los amores adolescentes con Juanita ya no queda nada. “Tuyo es mi corazón, oh sol de mi querer, mujer de mi ilusión, mi amor te consagré”. A Salomé la matan de más de cuarenta balazos. La Belleza se “entroncó con una gente que tiene mucha plata”. Carlos y Myriam se reencuentran. “Sólo Myriam lo entendió. Lo supo por sus ojos, que lo estaban mirando desde hacía rato. Debajo de la mesa la cogió de la mano. Ella sonrió, con tristeza, y lo apretó”. Se vuelve a los amores de estudiante, al barrio, a la noviecita de antaño. Final de Happy end. Del Medellín de los sesenta. Del paraíso. Del cielo.

6. La ciudad, la época



Algo estaba llegando a Medellín. Soterradamente estaba cambiando. Aunque el nivel de narración es la superficialidad –nada más profundo que lo superficial–: revistas de artistas de cine, de gente famosa de los 60, twist, Club del Clan (un programa de música por televisión), los Beatles, los boleros y baladas, todo insinúa el gran viraje de la ciudad. Llegan campesinos desarraigados. Los protagonistas están ya anclados en sus barrios, no conocen el campo, nunca han salido de Medellín. Las regiones agrícolas son sinónimo de la violencia política, de la muerte, de las canciones tristes y amargadas. “... por toda geografía suya tenía únicamente aquellas calles largas de asfalto, aquellos árboles enormes, todas esas casas viejas y juntas, los graneros, la iglesia, los teatros... Los

campos eran historias tristes. Era la muerte de un tío, a punta de pistola..." Empieza la vagancia, el desempleo, la delincuencia.

La Belleza encarna el pequeño bandidaje. Va armado de cuchillo. Prefiere no trabajar en lo convencional, fábrica, oficina, tienda o algo propio. Sueña con irse a USA. Juega fútbol todas las tardes desde que lo expulsaron del colegio por pegarle a un profesor; amigo de camajanes. Los domingos visita en la cárcel a sus conocidos, fuma marihuana, desaparece varios días para "hacer trabajos" (los mismos por los cuales sus amigos están en prisión), carga escapulario como talismán, se echa la bendición al pasar frente a las iglesias. La mujer es para él un objeto sexual: "Por eso me gustan las hembritas de Moscú. Porque lo dan sin tantas vueltas". Amigo de Raúl, El Sacristán, para explotarlo, para que le gaste cerveza y lo invite a fútbol.

La delincuencia de la época comprende desde desapariciones misteriosas —lo excepcional— hasta pilatunas, como quebrar las bombillas públicas, pasando por estafas y robos.

La ciudad es industrial y burocrática. "Trabajaban en una fábrica de gaseosas, en una cervecería, en una compañía de textiles o de cements. O se ganaban la vida detrás del mostrador en un granero, en una zapatería, celando por las noches en un almacén o en una casa de ricos, o despachando, con un delantal blanco y un cuchillo ensangrentado en la mano, en una carnicería. Uno que otro era empleado del gobierno, secretario, citador o escribiente de un juzgado, chofer municipal o funcionario de una inspección de policía. Los demás eran albañiles en las construcciones, mecánicos en los talleres, peluqueros o sastres". Clase media-baja —y proletariado— habitan los típicos barrios de la novela. Abunda la

cursilería. Hay un "baile azul", donde todos lucen prendas de ese color, y las muchachas sacan a bailar a los varones, en reacción quinceañera al machismo.

Fuera del barrio la ciudad es violenta ya. "... Carlos sabía que detrás de esas paredes (de la policlínica) se moría media ciudad. Tipos quemados, gente que se ahorcaba, hombres que se mataban a tiros o a machetazos. Niños pisados por un carro. Gente accidentada. Muchachos que habían tomado veneno, como la hermana de Myriam...". Todavía Medellín era tranquilo. Aunque ya la policía mataba en los billares.

La solidaridad brota a cada instante. Para arreglar la casa del muerto. Para conducir a alguien, para proveer las familias. El culto católico es permanente. "Ahí, atrás le echaban agua a uno, recién nacido (...) Ahí, adelante, en cambio, le echaban a uno incienso y agua bendita, antes de ir al cementerio". La iglesia del barrio se modernizó. No tiene campanas sino teclado eléctrico —regalado por Alianza para el Progreso—, pero sigue en simbiosis con la tradición usando incensario, mientras el amplificador llena de ruido el vecindario. Pero el mayor pecado es "ser demasiado recto". Los buenos no triunfan; les pegan tiros, machetazos, los estafan. Los lutos se pasan encerrados.

La agresión se respira en el aire. Unos tragos y una noche de farra de los muchachos termina en unos garrotazos a La Belleza, propiciados por Diego y ejecutados por el romántico Carlos quien casi lo mata. El papá se entera y le da un regalo: "Tome mijo, y no se deje joder de cualquier hijueputa. Era una puñaleta".

De la vida de barrio, la novela pasa a las ciudades que crecen alrededor de Medellín. Envigado e

Itagüí. Allí hay quince asesinatos los sábados. Las heladerías son sitios de ligue. Rueda la droga –marihuana–, abundan los asaltos al estilo mafioso.

Finalmente el barrio se daña. “Roban mucho por aquí”. La ciudad toda entra en un nuevo perfil. Ya las muchachas no se envenenan por amor o despecho, se venden por miedo a la pobreza y pereza de cocinar. El dinero fácil abunda, la droga empieza a carcomerlo todo. Se mueve a bala, incluidas las muchachas. La ciudad es otra. La de la mafia. Empieza el infierno. Se deshace el cielo, se acaba el paraíso.

7. “El cielo que perdimos”

En contraste con “Tuyo es mi corazón”, “El cielo que perdimos” no tiene escarceos románticos. La escritura es escueta, dura, descriptiva, sin poesía. El diálogo –principal virtud del escritor– es tallado, esencial, reflexivo, casi filosófico. La dureza de la realidad descrita –el Medellín de los setenta y ochenta– no deja tampoco margen. La anécdota es tan simple y lineal como en “Tuyo es mi corazón”. Se trata ahora de dos parejas de profesionales a través de cuyo amor y conflictos se transparentan las circunstancias de la ciudad. Juan Fernando, el protagonista, cubre para un periódico la crónica roja. Pululan los asesinatos –Medellín tiene la más alta tasa de asesinatos en el país que ostenta el récord mundial de homicidios por cada cien mil habitantes–, las masacres, las torturas, los desaparecidos. Juan Fernando visita juzgados, hospitales, inspecciones de policía, cárceles: los sitios donde se procesa la violencia. Con sus colegas se entera de lo que no llega a las instancias oficiales. Se convierte en sabueso. De

joven cariñoso, romántico, sensible, se torna en melancólico, inestable y desesperanzado. Sus relaciones amorosas con Sara sufren el impacto. La realidad ambiente destruye a las personas. El “yo y mi circunstancia” de Ortega es aquí patético. La ruptura de la relación social, disuelve también a la persona y a sus relaciones.

Juan Fernando se enamora de la mujer de su amigo Daniel, Mary; pero ésta tiene una amiga –Adriana– ambigua, neurótica, absorbente, que obstaculiza el amor. Daniel es abogado de la Procuraduría, o sea que analiza la violencia desde la perspectiva jurídica, cayendo en la misma prostración de Juan Fernando. Ambos están superados por la violencia y la desesperanza, que ahogan permanentemente en ron.

Juan Fernando encuentra una noche una bella mujer que llora y lleva los zapatos en la mano. La sigue. Se le escapa. Al otro día aparece muerta. Poco a poco va conociendo la historia por Ruth, la hermana, y por indagaciones. Se obsesiona. La sordidez de su trabajo, de la historia de Patricia –la bella de piernas doradas y vestido rojo asesinada– de sus relaciones matrimoniales, de sus amoríos, no se redime con las páginas finales de forzado optimismo. La ciudad lo tritura; la violencia interiorizada en sus efectos, lo destruye. “Porque para el corazón salvaje de los hombres no hay patria posible”, según el acápito introductorio a la novela, tomado de Holderlin. Es la historia de los profesionales jóvenes de Medellín, sin afeites, sin artificios, sin melodrama, sin cursilería. El fiel retrato de la crisis de valores, de la angustia colectiva, de la destrucción sangrienta de una cultura, de la impotencia para vencer la delincuencia y para la sangría. Para Alvaro Pineda-Botero: “En las últimas páginas confluyen los distintos argumentos. El escenario es ahora el

Cementerio Universal —se refiere al nombre de un cementerio de la ciudad para los pobres, no al espíritu de la novela, ni a la cantidad de muertos de ella, aunque, de pronto el símil sería válido—, punto de encuentro de todas las vertientes. Desde este palco privilegiado, el protagonista pasea su mirada por los barrios ricos y pobres. Todo confluye y todo se iguala en la muerte: ilusiones, alegrías y tristezas, víctimas y sicarios, poderosos y oprimidos, buenos y pecadores. (...) la descomposición de la sociedad es tal y las soluciones colectivas tan pocas, que el lector queda sumido en la desolación”.

8. La muerte ronda por la redacción

Para hablar de la muerte, en la sección judicial del periódico donde trabaja Juan Fernando, se usan lugares comunes: “El occiso vestía camisa azul y pantalón blanco. Móviles y sindicatos se desconocen”. Generalmente se toman de los boletines policiales. Son N.N. Nadie sabe, o no quieren saber, del muerto. Es la impunidad total. Apenas vamos por la página 65 y ya son más de trescientos. “Y todavía falta mucho tiempo para que se acabe el año”. “En esta ciudad están matando mucha gente... Y ya no le interesa casi a nadie quién se muere...”. En el cementerio, los entierran en la galería de los muertos sin nombre: “Cinco o seis hileras de lápidas blancas en las que el sepulturero, con compasión, había pintado dos letras: N.N.”. “¿Qué les había ocurrido para que murieran de ese modo, en una ciudad en la que nadie sabía sus nombres? ¿Por qué habían muerto como extranjeros en su propia patria?”.

Los fines de semana se multiplican los asesinatos. Al otro día aparecen los cadáveres en los “botaderos” de los alrededores. “La noche del

sábado y la madrugada del domingo habían matado, a balazos y a cuchilladas, a más de veinte personas. Varios cadáveres habían sido arrojados en las afueras”. Con frecuencia son asesinatos colectivos —masacres— acompañados de torturas y crueldades inimaginables. “Los habían amarrado con alambres, de manos y pies... Ninguno tenía papeles de identidad”.

A veces, los asesinos son de la policía. “Los cogió una patrulla... Los llevaron a un puesto de policía. Después... los sacaron del calabozo... comenzaron a pegarles con las cachas de los revólveres... No figuraban en la lista de entradas ni en la de salidas... A mí ya me habían matado otro hijo hace como cuatro meses...”.

Las torturas abundan: “Estaba con la ropita rasgada, todo quemado y empantanado... Estaba con la cabeza que daba lástima. Y el cuerpo. Las piernitas quebradas. Las manos, dobladas. Hechas trizas. La mandíbula, quebrada. Los dientes, flojitos. La cara, quemada. Los ojos llenos de morados. En el pecho tenía unos rayones... como quemado con colillas de cigarrillo. O con una platina. Tenía las uñas moradas, como si se las hubieran chuzado con ganchos. Las coquitas de las rodillas todas flojitas. Todas toteadas. Las piernas hinchadas y con morados... Ah, y además, tenía un balazo en el pecho... Y también tenía un tiro en el oído”.

Son tantos los muertos, que es necesario reforzar con personal la sección judicial. Así llega Juan Fernando a ayudar a León en ella. Las crónicas se toman del informe de la policía; si acaso averiguan y publican algo diferente, el comandante de la policía protesta: “... y le dijo que ese tipo de publicaciones perjudicaba la imagen de la institución”. “El comandante dijo que iba a ordenar una investigación exhaustiva...” que en

Colombia es sinónimo de impunidad. El director (del periódico) “dijo, que, en adelante, debíamos consultarle previamente cuando fuéramos a publicar cualquier noticia que tuviera que ver con acusaciones a la policía”. Tras la impunidad, la censura y la desinformación.

La gente se calla sus muertos. “Pero eso no va a devolverle la vida a nadie. Mi hija ya está muerta, eso es todo... Dios la tenga con El, allá en los cielos”, es la resignada conclusión.

Todo el mundo se acostumbra en Medellín a los muertos. “No me llamó la atención ningún caso. Ni siquiera los muertos que habían encontrado en las afueras. Es triste decirlo, pero había terminado por acostumbrarme a ellos. En la madrugada del sábado habían aparecido tres. Pensé: tres párrafos...”.

Nadie escapa. Un día le matan alguien conocido, un pariente. En la novela, “El Pájaro” es el fotógrafo del periódico. Le matan al hermano menor. La pregunta, cuando suena el teléfono y es alguien asustado no es: “quien se murió”, sino “a quién mataron”. ¿Cómo? “Lo volvieron mierda... Le dieron bala, machete... Le cortaron un brazo”. Quedan los deudos: “miraba la dirección y me imaginaba el barrio, la casa, los viejos con la cara llena de estupor, los vecinos amontonados junto a la puerta, los ramos de flores, la gente de luto, llorando”. Y el deseo de venganza, que reproduce el crimen eternamente.

No se puede decir nada. Se supone que los crímenes que se publican son de delincuentes o guerrilleros. Si un inocente aparece en las páginas del periódico quedará irremediablemente identificado con los que “deben” morir asesinados por ser lo uno o lo otro. Son de las comunas, de los barrios de invasión.

Las descripciones en la novela de los sitios de habitación de la fantasmagórica mujer vestida de rojo y del hermano de “El Pájaro” corresponden a estas secciones de Medellín. “Por los zapatos, untados de barro, me di cuenta de que acababa de bajar de uno de los barrios de la zona nororiental—dice el periodista de la madre de la misteriosa muchacha muerta—”. La madre de “El Pájaro” habita al final de una larga calle. “Detrás de la calle se levantaba una montaña muy alta llena de tugurios... De lejos podía verse que en las laderas había lo que los alcaldes llaman un barrio de invasión”. ¿Quién lo mató?: “La gente dice que fueron unos tipos de un escuadrón” (de la muerte). ¿Por qué: “Parece que vio cuando mataban a otro muchacho. Los que ‘limpian la ciudad, pensé’. ¿A quién le importa? El cura ‘se comporta ante la muerte como un funcionario forense. Como un empleado de funeraria. Como un periodista’ ”.

Del “estamos jodidos” de “Tuyo es mi corazón”, se llega al “nos llevó el putas” de “El cielo que perdimos”. Leí. El jefe del F-2 y otro oficial de la policía se habían enfrentado a balazos. Lo único preocupante era que les habían robado “la chiva”. A los periodistas les pagan por líneas escritas; si “no había muertos—para los de judicial— el sueldo no les alcanzaba para sostener la casa”. Y aunque haya muertos, nos les pueden pagar a los periodistas porque “hablo de este asunto de la Policía... Hoy me enteré de muchas cosas... Pero no se pueden publicar”.

Nadie se queda herido. A un guardaespaldas: “Lo habían herido ayer. Entraron a una clínica y lo remataron...”. En la clínica, en todas partes, los guardaespaldas, vestidos de civil, pero con ametralladoras debajo del saco, pululan.

Hasta la música corrobora el sin valor de la vida. Ya no son los boleros amorosos de “Tuyo es mi corazón”. Lo que suena en El cielo que perdimos es “La vida no vale nada” de Pablo Milanés. Las descripciones de los asesinatos de la Policía Judicial bastarían para justificar al cubano.

Para rematar (valga el término), el autor recurre a un supuesto artículo de Valmiki —un periodista de los antiguos, que permanentemente da lecciones del oficio a los nuevos, alcohólico (como todos los personajes que se la pasan tomando ron en cada página) y retórico, con datos estadísticos:

“Al comienzo, Valmiki citaba un informe de la Escuela Nacional de Salud Pública, según el cual la primera causa de mortalidad en Medellín había pasado a ser el asesinato con armas de fuego. Después citaba una nota de una revista médica que aseguraba que en el Hospital de San Vicente se había batido el récord mundial de neurocirugías craneales atendiendo gente herida a balazos (...), finalmente se refería al asunto de los muertos anónimos que aparecían, día tras día, tirados en las calles, en los basureros, en las mangas de las afueras”.

Parte de la impunidad es la falta de elementos de la justicia. Los jueces no tienen papel, no hay luz eléctrica, van en bus a las diligencias, a pie a levantar cadáveres. Están apiñados en incómodas instalaciones. Los presos se orinan en los calabozos, el agua daña los archivos...

Aparecen los laboratorios de cocaína, las amenazas, las presiones del gobierno —la acción se desarrolla en el cuatrienio Turbay, 1978-1982—.

La justicia no opera. La imagen de Daniel —co-protagonista— como abogado de la Procuraduría, totalmente derrotado por las circunstancias, es

patética. “Mary preguntó dónde estaba. El delegado —Daniel— se había emborrachado por completo. Ni siquiera contestó. Por su cara, parecía que no entendía ni con quién hablaba. Daniel levantó la cabeza y nos miró, adormilado”. Ni siquiera se sabe quién debe adelantar los procesos, si los Consejos de Guerra Militares o la justicia ordinaria. Cuando se determina cuál juez ha de llevar la causa, lo matan. “... mataron a un juez de instrucción criminal. Un pistolero a sueldo le disparó a quemarropa cuando salía de su casa, con su hija de siete años (...) El pistolero huyó en una motocicleta”.

De poco sirven las medidas de excepción: “... El General Camacho Leyva dijo que el gobierno iba a expedir un estatuto de seguridad. El estatuto fue promulgado una o dos semanas después, pero las muertes violentas continuaron”. “Hubo un paro de jueces (...) y la racha de muertos de cada fin de semana se duplicó”. En vano se hacen Consejos de Guerra a policías, se destituyen agentes, se trasladan, cambian comandantes. La espiral de violencia se sigue elevando. En Navidad no pasa nada, “si exceptuamos el largo prontuario de muertos de los barrios durante la noche del 24 de Diciembre”. Más de veinte. “El boletín de la Policía tenía más de doce páginas”.

Los habitantes de la ciudad interiorizan la agresividad ambiente, ésta los desestabiliza, los angustia, los corroe. Juan Fernando —y todos los personajes que se emborrachan a diario para poder dormir, siempre con la luz encendida— expresa: “No sabía dónde estaba, ni lo que tenía que hacer. Sentía que, de pronto, alguien me iba a agredir. Sentía que estaba a punto de enamorarme, pero sin saber de quien. Y me veía hundido, de los pies a la cabeza, en una sensación de indefensión que provocaba pánico”. “Y la voz era la de alguien que sabe que ya todo está perdido

y, sin embargo, insiste en cantar una canción de amor”. Pero los muertos pesan. Hay que huir. Cambiar de oficio para no percibirlos: “Quería huir de la vida que llevábamos. Huir de los muertos de todos los días. Cambiar de oficio”. El médico lo examina y “me remitió donde un psiquiatra. Y el psiquiatra dijo que yo tenía que elegir entre ser un hombre común y corriente, que puede dormir, comer, hacer el amor y tener ilusiones, o ser un periodista... Especialmente, un periodista de la sección judicial”.

La policía misma, al fin de la trama policial de la novela, es la responsable: “todos eran policías. Y cuando no estaban de turno, mataban a sueldo. Trabajaban para todo el mundo. Estaban muy bien cotizados. Qué cosas las de este país: hacían el trabajo hoy y al día siguiente se ponían el uniforme para salir a buscar a los asesinos. Les cobraban a los ‘mágicos’ por matar y al otro día el Estado seguía pagándoles para buscar a los culpables... Estaban tapados de plata”.

9. La mafia

Para conocer su modo de vida, “El cielo que perdimos” trae descripciones como ésta de una casa: “El barrio era elegante. Había muchas construcciones nuevas. Algunas eran muy lujosas. Fachadas de mármol. Incrustaciones de oro en las puertas. Lámparas de cristal en los balcones: Puertas de comino. Un comedor de mármol de ocho puestos. Todo con rejas de seguridad. Camas de comino crespito. Acabados al estilo colonial, español antiguo, rococó, republicano. Perros dóberman. Hombres con metralleta. “Cuando había fiesta hacían bulla dos o tres noches seguidas”. En cada pieza un televisor. Un juego de porcelanas de más de cincuenta piezas. Lámparas de cristal tallado, muebles Luis XVI, lavamanos, inodoros, tapetes, baldosines”.

El efecto de esta riqueza, su origen, su puja por entrar en sociedad y por el poder es tratado en diversas formas en la novela. Para conquistar bellas mujeres de clase baja —como la asesinada del vestido rojo— a las cuales se les mantiene, y ellas sostienen así a su “cucha”. Para comprar policía y ponerla a su servicio. Para quitar de en medio a toda persona que interfiriera. Para contratar sicarios: “En su cara podía verse el miedo a la muerte. Era menudo. Tenía cara de niño (...) El tipo era delgado, bajito, pero muy fuerte. Sus ojos eran muy extraños. No se atrevía a mirar a nadie a los ojos. Era tímido. usaba tenis. Se peinaba hacia atrás. Parecía alguien inofensivo. Hablaba muy poco (...), tenía un escapulario de la Virgen del Carmen amarrado en un tobillo”. Tatuajes en el cuerpo. Este simple muchacho es una feroz máquina de muerte. Tiene una Yamaha de alto cilindraje con un compañero para maniobrarla. Al morir nadie reclama el cadáver después de la necropsia. Son “desechables”. El sicario, en la novela, resulta, nada menos, que guardaespaldas del Presidente Turbay.

Las acciones, en una u otra forma, de la mafia, cruzan longitudinalmente “El cielo que perdimos”. No se hacen juicios morales. Es un dato. El resultado es aniquilador. “Alumbra el sol de los muertos...”. “La oscuridad ha sido tan larga...”. “Salgo de la noche como un sobreviviente...”. “A este país se lo llevó el putas”. Vivimos en la oscuridad. Hacemos lo que podemos.

10. El perfil de los políticos

El perfil de los políticos que aparecen en “El cielo que perdimos” es tomado del Presidente Turbay, quien aparece varias veces en la novela y es personaje de todo un capítulo (II parte, Capítulo X). Se

trata de un encuentro entre los Presidentes de Colombia y Panamá (Royo) en Apartadó. Tras presentar las terribles condiciones de salud pública de la región, el autor se complace en presentar al Presidente Turbay. Mientras Royo habla diez minutos, Turbay se toma cincuenta. Firman un acuerdo inútil: para "luchar por la construcción de la carretera del Tapón del Darién". "Una carretera que se tragó la selva y que, a lo mejor, se va a demorar otro siglo para existir".

Los periodistas esperan para interrogar a Turbay. "Con él, casi siempre, las noticias grandes resultaban en esos diálogos". No en los largos discursos. No se sabe si por imprudente o por aprovechar los medios. Los más de diez guardaespaldas obstaculizan la entrevista hasta que obligan a suspenderla. El Presidente no se mezcla con el pueblo. Va en avión o helicóptero. Se reúne en la sede de un club de bananeros con gente que habla de política. Un grupo de parlamentarios que acompañan al Presidente intriga hasta con los guardias panameños. El que organizó la cosa fue el Presidente de la Cámara de Representantes.

Como los aviones colombianos no llegan por la gente, el periodista consigue que lo lleven en el avión de Royo. Al subir "un parlamentario liberal me saludó con un grito de alegría y levantó en sus manos una botella de whisky (...). A su lado había dos parlamentarios más. En las mismas. En mi recorrido, me di cuenta de que el aparato estaba lleno de parlamentarios turbayistas. Casi todos, muy sentados y muy orondos, estaban dedicados a vaciar un montón de botellas de whisky". Como el avión era panameño, empezaron a bajar a la fuerza a quienes no hacían parte de la comitiva de Royo. "Al primero que bajaron a la fuerza fue al presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Congreso. Luego baja-

ron al Secretario de la Cámara de Representantes..." Algunos lanzaban patadas al aire, mientras los bajaban. Otros dejaban oír un sartal de insultos (...); los demás, "se abrazaban al cuello de los panameños". Sólo un senador conservador consigue bajar con sus propias piernas invocando que alguna vez (hasta 1903) ambos países fueron un mismo territorio. El tono, desafiante, es el usado por el Presidente de la Cámara. "Esto es un atropello contra la soberanía nacional". Uno de los guardaespaldas de Turbay, "un hombre nervioso y bajo, de cara pálida" que asustaba con la fuerza de su cuerpo, "era flaco pero sus huesos parecían de acero", con mirada de odio, que "tenía la cara enjuta y la nuez del cuello muy salida", resulta después un policía asesino. El Presidente aparece varias veces asociado al General Camacho Leyva, su Ministro de Defensa—quien evidentemente manda—y al Estado de Seguridad—, una férrea ley antisubversiva de la época. Daniel, el alto empleado de la Procuraduría, por ejemplo, hace investigaciones para entregar al General... y al Presidente.

Sobre los niveles inferiores de la escala política, tampoco es positiva la imagen. A la cárcel de Yarumito llevan "alcaldes, tesoreros que se han robado la plata del erario, funcionarios acusados de peculado (...) uno que otro policía. O los oficiales, cuando cometen un delito común, algo que no tenga que ver con los actos del servicio" (para ello está el fuero, los tribunales militares). El gobernador, quien va a visitar una cárcel, usa Mercedes. Los guardias no lo dejan entrar. Al preguntar por los presos le responden: "salieron para misa, doctor". ¿El director? "También está en misa". A un preso que no le gustaron los sanitarios, los mandó a cambiar. En todos los cuartos había televisores, grabadoras, equipos de sonido. "Las próximas vacaciones las voy a pasar acá—dijo el Secretario de gobierno—, sentándose

en una de las camas”. Todavía, valga la acotación, no se había inaugurado las cárceles de alta seguridad para los confesos de narcotráfico.

En el concejo municipal protestan por la existencia de escuadrones de la muerte. “Un concejal liberal había hecho un montón de denuncias públicas”. Los corruptos son los funcionarios nombrados, los cuerpos policiales y militares, los representantes y senadores. La excepción, un concejal, que clama sólo en el desierto contra la brutalidad policial. “El general estaba muy ofuscado. Ustedes (refiriéndose a los policías) son los peores delincuentes de esta ciudad”. “Hasta las siete de la noche cuidan las calles y velan por las instituciones. Después de las ocho, matan. Para ajustarse el sueldo”.

En el discurso, los políticos y los periódicos se parecen: “Su retórica se parecía cada vez más a la de los discursos de los políticos: Ella iba por un camino y la realidad por otro”.

Los jueces no están mejor: “Exponiendo la vida todos los días para hacer cumplir unas leyes en las que nadie cree. Y con esos sueldos...”.

Como en la ley no se cree, la autoridad está desacreditada, la corrupción cunde y los políticos son una francachela, el armamentismo se expande: “A mí me dan risa todo ese montón de leyes y de códigos (...) Para cualquier cosa encontrarás un inciso. Y, mientras tanto, por la calle, la mitad de la gente anda con una pistola en la pretina del pantalón”. Lo único serio es la muerte. Frecuente. No legislada, pero actuante: a un campesino le preguntaron qué opinaba de la implantación legal de la pena capital. “¿Y sabés que contestó? Que él pensaba que la debían quitar”.

De la novela se desprende un establecimiento político que no propicia la vida sino la muerte y,

en el tránsito, todas las violaciones imaginables a los derechos humanos.

Los que eran activistas en los sesenta, ahora tampoco tienen nada para hacer. “Los dos eran activistas de una organización estudiantil. Pintaban en las paredes consignas contra la guerra de Vietnam y leían libros de Lenin y Mao Tse Tung. (...) Laura no pudo terminar sus estudios porque la expulsaron de la universidad en una purga de activistas. La purga los jodió. Ella se dedicó, por entero, a la política”. Para nada. Ni en el sistema, ni en el contrasistema, aparece solución política en la novela. “También hicimos juntas algo de política”—es la decepción, la nostalgia, los tiempos idos—. “Luces. Gritos en las tablas. Pancartas con consignas políticas (...) Las cafeterías de la universidad. La penumbra enorme de ladrillos del Teatro Camilo Torres (...) los tiempos en que todos pensábamos que nosotros íbamos a cambiar el país”.

11. Pobre Gardel. Y pobre de nosotros

El Manrique de los sesenta en “Tuyo es mi corazón” es el símbolo de la Medellín industrial, religiosa a su modo, dramática, de costumbres tradicionales, familias fuertes, ambición y dinero honrado. Carlitos, el zorzal criollo, murió en el Olaya Herrera, pero su espíritu se quedó en Manrique. Sus aires, los buenos traídos del Sur, llenaron la ciudad de esos sentimientos que se bailan—al decir de Borges—. Hoyos quema simbólicamente a Gardel. En los ochenta ya no representa el arquetipo de la ciudad vuelta otra, destruidas sus costumbres ancestrales, convertida en la capital de la droga, la muerte, el desamor—parejas que no funcionan familias desunidas, escepticismo generalizado—. Pobre Gardel. Y pobre de nosotros.

“La estatua tenía más de veinte metros de altura. La había construido una artista argentina. (...) Todas sus obras las destruía el mismo día de la inauguración de sus exposiciones”. “Sobre la avenida treinta y tres, había más de veinte buses estacionados”. Todos estaban llenos de gente que había bajado hacía poco desde el barrio Manrique. (...) enfurecidas por lo que iba a suceder en unos minutos con la estatua de Gardel. (...) Carlitos comenzó a arder, de pies a cabeza, como si fuera un muñeco de trapo repleto de pólvora. (...) empezó a oírse, como un fantasma, su propia voz gangosa cantando “Volver”.

Sentir

*que es un soplo la vida
que veinte años no es nada
que febril la mirada
errante en las sombras
te busca y te nombra...*

Es el Medellín que estalla. El fuego que quema las antiguas estructuras. Lo de hace veinte años, lo de “Tuyo es mi corazón”. Con la repulsa de los que no quieren que se acabe el pasado y entonan a cada instante “Volver”.

La policía no deja que los gardelianos se aproximen para evitar el incendio. La nueva clase está fascinada.

“Las gentes de Manrique, cruzadas por las llamas (...) querían borrar a empellones (...) todas las barreras que les impedían salvar del fuego a Carlitos Gardel (...). Mientras los policías obligaban a los últimos gardelianos de Manrique a batirse en retirada (...) los pies de Gardel, sus manos y hasta su cabeza, ardían bajo el cielo, lleno de estrellas. (...) el fuego subía y alumbraba con un fulgor rojo las caras de los invitados –Juan Fernando, Mary, los testigos de la ciudad exterminada y la naciente–, de los políticos, de los críticos, de los pintores, de los fotógrafos, de los periodistas.”

“Al mismo tiempo que Gardel agonizaba –la cultura antioqueña tradicional– (...) un ejército de meseros (...) iba por todas partes repartiendo a diestra y siniestra vasos de whisky, vodka, ron, ginebra, copas de vino, jerez, brandy, aguardiente...” El cielo que ganamos. “Visto de lejos, Gardel parecía el mástil de un velero incendiado en la noche, en medio del mar”. Los restos calcinados de “Tuyo es mi corazón”. “Pobre Gardel, y pobre de nosotros”.

NOTAS

¹ HOYOS, Juan José. *Tuyo es mi corazón*. Bogotá, Editorial Planeta, 1984, 420 p. ISBN 958-614-004-x.

² HOYOS, Juan José. *El cielo que perdimos*. Bogotá, Editorial Planeta, 1990, 530 p. ISBN 958-614-322-8.